

SERMÓN
SOBRE EL MISTERIO DE LA CONCEPCIÓN INMACULADA
DE LA VIRGEN MARÍA

PREDICADO EN LA
REAL CAPILLA DE MADRID

EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1898

CON ASISTENCIA DE S. M. LA REINA REGENTE Y DE LA REAL FAMILIA



Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.

JUDITH, XV, 10.

SEÑORA:

ERA el año de 431, y allá, en las regiones del Asia Menor, entre las villas de la Jonia, no lejos de la patria de Homero y de comarcas santificadas con la sangre de numerosos mártires, una gentil ciudad, la pintoresca Éfeso, ofrecía al mundo un cuadro conmovedor y sublime, donde todas las hermosuras de la Naturaleza se enlazaban con las bellezas todas de la gracia y del espíritu.

Era, en el orden material, la villa saludada de lejos por los cipreses del monte Ida, acariciada por las frescas brisas del Tauro, amada de las deliciosas islas del Egeo, arrullada por las cristalinas ondas de los ríos que dan sus aguas á aquel mar tan famoso, enriquecida entonces con todas

las galas y los perfumes de una espléndida primavera. Era, en el orden histórico, el lugar donde estaba construido el templo de Diana, una de las maravillas del Universo, más grandioso que el del monte Aventino, de cinceladas columnas erigidas por Reyes, incendiado por Eróstrato la noche misma en que nació Alejandro Magno, despojado luego por Nerón, aquel César funesto que profanó tantas cosas sagradas, destruido y arrasado más tarde por el Godo y por el Escita. Era, en el orden religioso, la ciudad hospitalaria que por espacio de tres años dió generoso asilo al Apóstol San Pablo, que vió cruzar largo tiempo por sus calles y sus plazas al Evangelista Juan, el afortunado custodio de la Madre de Jesús, el Fundador y Jefe de aquellas siete Iglesias del Asia, que fueron una de las más preciadas joyas del Cristianismo naciente.

La ocasión aquella, Señora, era de las más decisivas y solemnes en los fastos de la Historia eclesiástica. Un Patriarca soberbio de Constantinopla, que presagiaba ya á Focio y á Cerulario, había osado negar la Maternidad Divina de la Virgen María; la cristiandad entera, contristada y llorosa, acudía al Pastor Supremo para que escudase su fe, y el Papa Celestino congregaba en Éfeso la Iglesia universal, á fin de que pronunciara sus decisiones infalibles. San Agustín, invitado á un tiempo por el Pontífice y el Emperador para esta Asamblea augusta, moría antes de comuni-

carle sus luces; pero legaba su prestigio y su ciencia al gran Cirilo Alejandrino, que debía presidirla. Una multitud inmensa, poseída de místicos amores, alababa á la Reina de las Vírgenes, y diríase que el Espíritu del Señor inspiraba al pueblo fiel antes de descender sobre la frente de sus Pastores.

Los caminos del templo estaban alfombrados de lirios y de rosas; ondeaban sobre las altas torres estandartes copiados del lábaro de Constantino; las casas se miraban engalanadas con toda la pompa del Oriente, y cuando, al fin, aquellos Obispos venerables, sucesores de los Apóstoles, iluminados por el Paráclito, dicen al orbe cristiano, como explicación de su Símbolo, que «María es la Madre de Dios,» ellos son aclamados con entusiasmo ardiente y conducidos por los hijos del Evangelio á la mansión que habitan, entre incienso, bendiciones, luminarias y cánticos.

Señora: Aquella página tan lejana había de traer necesariamente otra página: la del 8 de Diciembre de 1854. Que no nos pregunte el incrédulo por qué entre estas dos tan señaladas fechas mediaron catorce siglos; esos intervalos misteriosos son el secreto de Dios, que tiene sus fines y sus términos para establecer la verdad y preparar los pueblos á escucharla. Lo que sabemos ciertamente por el magisterio de la Iglesia, lo que llega á vislumbrar un entendimiento humilde, es que la Madre de Dios no debe tener mancilla en ningún

instante de su ser; por lo cual siempre se dilatará nuestro espíritu ante la Definición Efesina, que es la clave del dogma en la Concepción de la Santísima Virgen. No nos detendremos tampoco en examinar prolijamente aquella culpa primitiva, cuya exención feliz, realizada en María, constituye esta festividad católica; y recreándonos principalmente en los encantos del Misterio, probaremos hoy, aplicando con la autoridad de la Iglesia las palabras de mi tema, que la Concepción de la Virgen María es:

- I. *La gloria de los cielos.*
- II. *La alegría de la Iglesia Católica.*
- III. *El ornamento de nuestra Patria.*

Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.
Imploremos antes, etc.

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

I

SEÑORA:

CUANDO la razón humana, guiada por la revelación, intenta sumergirse en los piélagos de la eternidad, ella concibe, ella se representa, al menos, de algún modo, la idea de un Dios Omnipotente, soberanamente perfecto y soberanamente libre. Como generación de ese Soberano Entendimiento, dentro de la unidad de naturaleza y de principio, viviente de viviente, Hijo Eterno, Consustancial á un Padre Eterno, entrevemos al Verbo de un Dios Increado: es la necesidad que tiene el ser de un ser semejante á sí en toda existencia y toda vida. Como término de amor, también eterno é infinito, procedencia de la Sabiduría y el Poder, vínculo y nudo adorable de voluntades y de perfecciones divinas, Persona real y distinta que subsiste por sí, con la misma Consustanciabilidad en la Esencia, distinguimos al Espíritu Santo.

De la Palabra creadora de esta Trinidad Augusta surgieron los cielos y la tierra: era la operación externa de la Divinidad, que antes vivía en los arcanos de su Ser y en la contemplación de sus Atributos. Los cielos fueron poblados de ángeles, substancias inateriales completas, para adorar al Dios Uno y Trino, para custodiar al hombre que después va á ser creado, para cantar en incesantes himnos todas las maravillas del Eterno; y cuando algunos de esos ángeles, desvanecidos con su grandeza, se rebelaron contra el Altísimo, ellos no obtuvieron redención, porque en la riqueza de su ciencia y de sus gracias su rebeldía era de todo punto inexcusable.

En la tierra fué colocado el hombre, rey de los mundos físicos por su inteligencia, semejante á Dios por la espiritualidad y la inmortalidad de su alma, ser finito con destellos y con fecundos dones del Hacedor Infinito. El hombre, libre como el ángel, desobedeció también los mandatos de su Creador; mas como esta desobediencia no nació espontáneamente de la propia soberbia, sino de las sugerencias del espíritu del mal, Dios tuvo compasión de su hechura y se dignó rescatarla. La Teología, con sus premisas reveladas y sus conclusiones ciertísimas, nos dice por qué esa culpa de origen hubo de transmitirse á toda la descendencia de Adán; por qué ese triste pecado exigió con imperio una reparación de valor infinito. Y como Dios, en su presciencia, había pre-

visto la falta, su Justicia, aliada con su Misericordia, decreta al par la Redención de ella por un Mediador divino; es decir, la Encarnación de su Verbo en la naturaleza humana: quiso que Aquel por quien todo fué hecho, todo lo libertara con la verdad, y todo lo restaurase con su amor.

Para esta humanidad redentora era necesaria una Madre, y el pensamiento de esta Mujer bendita, única en sus virtudes, única en su destino, llenó ya los consejos de la Trinidad Beatísima, antes de suspender los mundos en medio del espacio. Aquí, Señora, por mucho que pudiera remontarse el genio, y la fantasía extienda sus alas, la fantasía y el genio no alcanzarán jamás la realidad de esas sobrenaturales magnificencias.

El alma de María era el Templo, el Altar, el Tabernáculo que Dios construía para Sí, y Dios quiso infundir en tal morada los carismas todos de la gracia santificante. María había sido elegida para Madre de Dios, y la Majestad de Dios demandaba que esa Madre fuese pura como la luz, radiante como el sol, concebida en la tierra tan grande y tan privilegiada como había sido concebida en el cielo. De la carne de María había de tomar su carne el Verbo Divino, y yo confieso que vacilaría mi fe y se turbaría mi espíritu si la Santidad de Jesucristo y el mérito de su sacrificio no preservaran de toda mancha á María en su Concepción dichosa. Era, pues, gloria del Padre, era honor del Hijo, era complacencia íntima del

Espíritu Santo que en la Virgen María brillara, por participación, todo cuanto de puro, de santo y de inmaculado había esencial y absolutamente en el Verbo.

En estas miradas á lo eterno, Señora, el entendimiento se dilata tanto como el corazón. Pero descendiendo por algunos instantes á la vida de los siglos, y reconstituyendo en la mente las escenas del Edén, vemos que allí nos son entreabiertos los designios de Dios respecto de María. anunciada como esperanza del mundo, enemistada y victoriosa siempre contra Luzbel y contra el pecado. Siguiendo luego la marcha de las generaciones, encontramos tiendas de Patriarcas, vaticinios de Profetas, hazañas de caudillos, cánticos de heroínas, idilios de pastores, sombra de árboles bajo la cual tienen su tumba las mujeres de la Antigua Alianza; y en toda esta vitalidad, real y simbólica á un tiempo, están figurados el Mesías prometido y la Virgen sin mancilla que le comunicará el ser humano. Aparece, en fin, María. en la plenitud de las edades; y ella vive y se educa en los recogimientos del Templo, es saludada *llena de gracia* por el Arcángel del Señor, va con Jesús sembrando de bienes los caminos del Evangelio, confundirá la herejía en los recios combates de la Iglesia, formará los sabios y los santos, será venerada en la ciudad con todos los esplendores del culto, cautivará las muchedumbres en las peregrinaciones á la montaña ó al bos-

que, recogerá, por último las bendiciones del mundo cuando el Vicario de Jesucristo declare que «la Concepción Purísima de María era un decreto eterno de la Providencia del Señor.»

Y al meditar en estos maravillosos triunfos de la Virgen Madre, nuestra fe y nuestra piedad elevan de nuevo la vista á las alturas, y la imaginación se forja un arrebatador espectáculo. Los querubines, que poseen toda la suma de la sabiduría, y que admiraron ya la predestinación de esa Virgen en los siglos que la precedieron; los coros todos de los ángeles, que reverencian á María como á su Soberana; los bienaventurados, que conocen la verdad toda entera, prostérnanse delante del *Santo de los Santos*, para adorar su Clemencia y su Justicia; y prorrumpiendo en dulces alabanzas, entonan aquel *Regina cæli*, de que hace Dante mención en su *Paraiso* (1), himno glorioso que, según las frases del poeta gigante de los siglos medios, ponía en las almas un tan santo y tan profundo júbilo, que su recuerdo no sería ya olvidado nunca.

(1) Indi rimaser li nel mio conspetto
Regina cæli cantando si dolce
Che mai da me non si parti il diletto.

(Cant. XXIII.)

II

Y bien, Señora: el misterio suavísimo que era gloria de los cielos, había de ser igualmente alegría de la verdadera Iglesia de Cristo; porque la Iglesia, para el alma fiel, es ya el atrio de las eternas mansiones. Adoctrinado con la tradición apostólica, cautivado con los encantos de las primeras liturgias del Cristianismo, el Oriente recibió el primer rayo de luz de esa enseñanza divina; y él lo transmitió al Occidente, como le había ya transmitido los resplandores de sus civilizaciones. Aunque esa creencia bienhechora vivía casi latente en los espíritus, pareciéndose á aquellos castos amores que llenan el corazón sin haberse declarado nunca, los Padres y Doctores más henchidos de sabiduría, más encendidos en la caridad y en la gracia, se extasiaban ante la contemplación de esa imperiosa verdad que palpita en la vida cristiana. y vinieron legando á las generaciones aquel tesoro sin precio, sin conocer á fondo todavía sus inagotables riquezas.

Orígenes lleva desde Alejandría á Atenas y á las Iglesias de Acaya el grandioso pensamiento de «la Única Inmaculada del Único Santo é Inmaculado:» San Efrén hace resonar entre los habitantes de Siria, desde el desierto hasta el Líbano, las alabanzas de «la Virgen siempre pura, más

santa que el Serafín de los cielos:» San Cirilo Alejandrino canta fervorosamente la pureza de María desde las quebradas del Carmelo hasta las aguas del Bósforo: San Ambrosio ensalza en Roma y en Milán la gracia original de la Virgen de Israel: San Agustín propone al mundo, desde las selvas de la antigua Numidia, la Concepción sin mancha de María: San Juan Damasceno difunde por las cercanías de Jerusalén, y aun en la corte de los Califas, la clara luz del inefable Misterio. Y cuando algunos siglos después, por fenómeno inexplicable, al tiempo mismo que esa idea sobrehumana se apodera incontrastablemente de los corazones sencillos, padece eclipse entre las celebridades de la Escolástica, aparece Juan Duns, el hijo ardiente de los lagos y las montañas de Escocia, que con su humilde hábito de franciscano ocupa una Cátedra en la Sorbona, como paladín de la Inmaculada María, y pasma y rinde á sus adversarios, y lega á la liturgia católica el conciso versículo que decidió la victoria: *Dignare me laudare te, Virgo Sacrata; dá mihi virtutem contra hostes tuos;* escenas inmortales, Señora, donde se ostentan juntos los destellos de la sabiduría, los atractivos de la ciencia humana, los tonos de lo ideal, y aun los hechizos de la leyenda.

Después de tan memorable día, apenas registraremos discrepancias graves en el seno del Catolicismo respecto de la amada creencia. Los Pontífices de Roma y los Pastores todos de la Iglesia

consagraronse más y más á investigar la Escritura, la Tradición, los Concilios, la Filosofía, la Hermenéutica, la Filología, la Exégesis; consultaron el desenvolvimiento de aquel culto en la historia de las razas griegas y latinas; fijáronse en el sentimiento intuitivo de las almas singularmente piadosas, sentimiento que no se engaña nunca. Y, Señora, lo que la inteligencia pensaba, lo que el corazón sentía, lo que la conciencia pública dictaba, lo que soñaron las almas elegidas, era el Misterio que vivía escondido en los siglos, y que definió, al fin, con júbilo de los cielos, y con el contento de la tierra, el inolvidable Pío IX. ¡Oh! El sonido de las campanas que en aquellas sagradas fiestas entregaban á todos los vientos la voz del Doctor Universal de la Iglesia, era eco fidelísimo de las alegrías divinas, y grato mensajero de dichas perdurables.

Porque esa definición tan anhelada, recibida en todos los ámbitos del mundo con las religiosas vehemencias de los fieles del quinto siglo, además de su propia significación y su interior hermosura, iba pronto á dar su fecha, su nombre y su influjo á dos actos tan trascendentales, tan sobrenaturalmente fecundos, que ninguno es, acaso, superior, que muy pocos descubro semejantes, en los anales de la Iglesia Católica: el *Syllabus* de los errores modernos y el Concilio Ecuménico del Vaticano.

El *Syllabus*, con todas las Encíclicas y las Alocuciones, que fueron como la aurora de aquel

sol refulgente; y el Sínodo Vaticano con su dogma de la infalibilidad Pontificia, con las luces de sus discusiones y hasta con su interrupción dolorosa, son atalayas salvadoras en esas sendas de nieve y de hielo por donde va atravesando la sociedad contemporánea. Ellos han hecho ver á los hombres de ciencia que la fe no eclipsa la luz, sino que trata de impedir los incendios; que no detiene jamás los vuelos del entendimiento, sino que sólo quiere encadenar la soberbia: porque así como para la razón católica diríase que el misterio se hace transparente, para los talentos más profundos, ¿qué digo? para el genio mismo, vecino de la inteligencia angélica, cuando se enorgullece y extravía, la verdad, discutida y falseada, puede rayar en el caos. Ellos advierten á los legisladores y á los gobernantes que solo legislando y gobernando con las reglas de la eterna verdad y de la eterna justicia, se engrandecen las nacionalidades; y que, por el contrario, la discordia, los odios, la esterilidad, la miseria, el sufrimiento y el llanto serán inevitables huéspedes de todo país mal regido. Ellos dicen á la civilización moderna que todo cuanto puede constituir un progreso legítimo, obtiene el entusiasmo y las bendiciones de la Iglesia; pero recuerda á las sociedades que el refinamiento de una cultura material y mecánica, sin religión y sin virtudes morales, es el comienzo de su decadencia y su ruina.

Por esto, Señora, el Catolicismo se goza hasta